

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Escuela Nacional Preparatoria
Plantel 7 “Ezequiel A. Chávez”

HISTORIA DE LAS DOCTRINAS FILOSÓFICAS
Antología Unidad III
Filosofía Cristiano-medieval

Profesor Jesús Zúñiga García

Joaquín Xirau

CHARITAS

(Fragmento)

Desde el surgimiento del cristianismo, el mundo occidental encuentra, en los momentos culminantes de su evolución y en las crisis supremas en las cuales aparecen desnudas las raíces, un conflicto no resuelto que revela dos almas.

En principio fue el Verbo, dice el Evangelio de San Juan; es el *logos* de la tradición helénica. En las páginas del mismo libro se afirma que Dios es amor, y quien está en el amor está en Dios y Dios en él. El amor y el *logos* son afirmados conjuntamente de Aquel que es la verdad, el camino y la vida; *la suma sapienza e il primo amore*.

Esta serie de afirmaciones superpuestas son una escandalosa perturbación para el alma griega que palpita todavía en el corazón de nuestra cultura. Hecha de claridad, precisión y armonía, no le es fácil ver yuxtapuestas nociones en apariencia tan contradictorias. Todos los esfuerzos metafísicos para hacerlas posibles fracasan. El espíritu del cristianismo hace crujir los andamios mediante los cuales se intenta una incorporación armónica.

La vitalidad desbordada de un nuevo espíritu tropieza violentamente con la vieja estructura escultural, contra la arquitectura perfecta del mundo helénico.

* * *

El *eros* helénico... deviene una pieza esencial en la constitución de la realidad. La metafísica platónica y aristotélica se basan en ella.

Una primera condición es indispensable para hacerlo posible: el afán insaciable supone un término al cual aspira. En Platón es la forma suprema de la belleza. En Aristóteles, el pensamiento puro –*noesis noeseos*. En ambos, la absoluta perfección de la absoluta eternidad.

Entre la unidad suprema del ser y su negación en el puro no ser es necesaria una tercera región para el amor, en la cual el no ser pasa constantemente al ser. Es el reino de la movilidad y el cambio.

Sólo en la multiplicidad que deviene es posible el amor. Sin el movimiento que lleva constantemente del no ser al ser no es posible ningún deseo, ningún afán, ninguna aspiración.

Sólo será capaz de amor un ser que sea la constante negación de aquello mismo que él es, que aspire a modificar su ser y a devenir otra forma superior.

Afirma Diótima que el amor no es Dios, como suponen los interlocutores del *Banquete*. No es un Dios ni es un hombre. Hijo de la riqueza y de la pobreza, no se encuentra ni en la perfecta eternidad ni en la pura movilidad. Es justamente la movilidad que aspira a la eternidad. No es un Dios ni es un hombre: es un *Daimon* que pone a los hombres en contacto con los dioses.

El amor y la fuerza dialéctica: en su base hay una contradicción intrínseca que aspira constantemente a superar. Es el no ser que aspira a ser, la multiplicidad caótica que aspira a la unidad. Eleva las cosas de las formas inferiores a las formas superiores de la existencia, de aquello que tiene menos ser y valor a aquello que en la plenitud del ser encuentra la plena perfección.

[...] En una ordenación jerárquica, el *logos* es lo primero. El delirio erótico es eternamente un medio. La esencia lógica es fin supremo. Eros un *daimon*. El *logos* se identifica con la divinidad.

El amor queda excluido de Dios. Dios no es erótico ni filosófico. El mundo no puede ser obra del amor de Dios ni cálculo de la mente divina. Dios lo tiene todo. No puede aspirar a nada. No es posible pensar sin contradicción un amor de Dios hacia las criaturas. Dios provoca el amor. Pero no es ni es posible que sea amor. No ama ni puede amar. Se limita a enamorar.

* * *

En las fórmulas del amor cristiano se invierten literalmente los términos de esta relación tradicional. Precedidas por la jerarquía suprema de la *Charitas*, son lo más opuesto que hay a la dialéctica *erótica*. La inversión tiene antecedentes en la cultura antigua..., pero no alcanza su plena realización hasta la aparición del cristianismo.

El amor cristiano y el amor helénico tienen un punto inicial de coincidencia: uno y otro representan en el mundo y en la vida aquello que hace que la vida sea digna de ser vivida. Sólo a través del amor es posible llegar a la conciencia clara de un destino humano... pero esta función dignificadora la realizan en formas fundamentalmente diversas.

Dios continúa siendo *logos*. “En el principio era el *Logos*”. Pero así como antes el amor era función del *logos*, ahora el sentido del *logos* es función del sentido del amor... Por eso afirma el Evangelio de san Juan que Dios es amor. No que tiene amor, sino que está constituido por él.

Difícilmente se podría encontrar una afirmación más diametralmente opuesta a la concepción platónica-aristotélica.

El amor cristiano no es hijo de la pobreza y de la riqueza. No tiene nada que ver con la pobreza. Es plena riqueza. La única auténtica riqueza. No es un demonio, sino la esencia de Dios. Hijo exclusivo de la plenitud y de la abundancia, se identifica con la plenitud suprema que se encuentra en la divinidad.

Es más: el amor cristiano, en su forma más estricta, sólo se puede predicar de Dios. El amor de Dios es el amor fundamental. Por ello son las cosas lo que son y participan del amor. La creación es obra del amor. La plenitud suprema extrae de su abundancia la realidad íntegra. “Por el amor de Dios soy lo que soy”, dice san Agustín. Sin él me desplomo en la nada.

Dios no es, por tanto, motor inmóvil, sino plenitud amorosa, fuerza vital y personal. Amor es vida –“el camino y la vida”-, vida suprema y creadora.

El amor de los hombres... sólo es posible mediante la gracia que le otorga el amor de Dios. La dignidad que el amor asume no es producto de una aspiración, sino fruto de la plegaria.... No es capacidad de conquista, sino aptitud de recepción y de reconocimiento. La gracia nos es dada, todo consiste en saberla recibir.

[...] El amor deja de ser una fuerza ascensional. En una u otra forma es casi siempre descenso. Tiene el punto de partida en la plenitud. De la abundancia del corazón habla la boca. Por amor Dios se hace Creador. Por amor baja a la tierra y se hace hombre entre los hombres, miserable entre los miserables y se somete a la cruz.

Este nuevo concepto del amor presupone el descubrimiento de un nuevo reino antes insospechado. Para darle pleno sentido es necesario tener en cuenta, por un lado, la aparición de la vida espiritual concebida como un reino interior pleno de compartimientos y guaridas. Por otro lado y en íntima conexión con ella, la presencia primordial de un mundo sobrenatural en el cual el mundo de la naturaleza flota como un buque a la deriva.

El amor es fuerza espiritual que se ejerce en virtud de una expansión de la vida interior. Es abundancia espiritual que se desborda y, al salir del recinto pletórico, crea.

Por esta razón el amor platónico iba de abajo a arriba. La plenitud espiritual que el amor cristiano supone, al desbordarse, desciende y se dirige de arriba a bajo.

Así, la compasión y la misericordia devienen posibles y necesarias como un aspecto esencial de la actitud amorosa. No es amor exclusivo de las cosas bajas ni tampoco lo es nunca de las cosas bajas como tales. Ni se libera ni aspira a ellas. Se desborda sobre ellas y las impregna. No es degradación ni destrucción de valores. El valor supremo y la plenitud del ser se encuentra en el amor... Por el amor se salvan las cosas -altas o bajas-. Conduce a plenitud la escasez, la degradación a redención.

El *logos* desciende sobre las tinieblas y las ilumina en virtud de la fuerza sobrenatural que encarna el amor. Toda la dignidad y todo el sentido de la naturaleza le viene por la gracia de una esfera que es superior a ella. El ser y el sentido de las cosas naturales es simple reflejo de las esferas sobrenaturales.

Este sentido salvador y redentor del amor tiene su manifestación más sublime en la tragedia del hijo de Dios hecho hombre por la carne y la sangre. Dios se hace hombre y es escándalo para los hombres, porque vierte su amor redentor precisamente sobre aquello que para los hombres es lo más bajo. El amor de Dios encarnado en la persona de su hijo desciende sobre aquello que está más cerca de la perdición y lo salva por su sola presencia.

Y, al hacerlo así, el amor obedece a una necesidad ineludible de su propia esencia. No se propone nada ni quiere nada. Se hace simplemente presente. Todo lo da. Liberarse simplemente, sin cálculo ni reserva es para él consecuencia de la plenitud. Cualquier cálculo, para bien o para mal, atentaría a la plétora de la cual brota, y lo desharía. La fuerza espiritual es libre espontaneidad. Opera en una magnífica ignorancia de los fines, sin considerar los efectos, sin saber incluso si salva o no. “Busca el reino de Dios y su justicia”. El acto de amor nos acerca a Dios y nos hace participar de su esencia.

Por consiguiente, las salvación es siempre rigurosamente personal y depende, en última instancia, de la actitud para la misericordia y para la reverencia, de la experiencia íntima y del contacto espiritual... El amor cristiano se dirige directamente al centro de la persona concreta y lo pone todo a su servicio... Nada tiene sentido fuera del contacto con la experiencia personal.

El mundo como aspiración incesante hacia esferas cada vez más puras se sustituye por un mundo en el cual los seres se inclinan amorosamente los unos sobre los otros y convergen en una comunión suprema.

* * *

Y es que la nueva vida que el cristianismo introduce en Occidente habla “de cosas que no ven los ojos naturales del hombre ni oyen los oídos naturales, de las cosas misteriosas reservadas a aquellos que aman a Dios” (san Pablo).

Ha aparecido un gran misterio que provoca una profunda perturbación. La intimidad personal deviene sagrario, vida nueva o renovada y da nuevo sentido al *logos* y cambia de una manera radical la significación del amor. “Tú estabas en mi interior, y yo estaba fuera. Allí te buscaba y en mi deformidad me apoyaba en las cosas más bellas que Tú has creado. Tú estabas en mí, y yo no estaba en ti. Las cosas me mantenían fuera de ti, las cuales no existirían si no existieran en ti (san Agustín) Dios está en mí. Todo está en Dios. Todo está, por lo tanto en mí. Sólo yo estoy fuera de mí si me entrego directamente a las cosas fuera de Dios. Por eso, “todos los cuerpos, el firmamento, las estrellas, la tierra y sus reinos no valen el más pequeño de los espíritus, ya que éste conoce todo eso y a sí mismo. Y los cuerpos nada. Todos los cuerpos juntos y todos los espíritus juntos y todas sus producciones no valen el menor movimiento de caridad. Esto es de un orden infinitamente más elevado” (Pascal)

La nueva vida tarda en encontrar una formulación adecuada. Quizás podríamos decir que en rigor no la ha encontrado... No resulta fácil mantener el principio del Dios-amor sin modificar esencialmente el sentido del *logos* helénico...

[...] Podríamos decir en una fórmula esquemática que los antiguos miraban las cosas desde fuera. Los modernos, es decir, los cristianos, las miran desde dentro. Para los antiguos se trata de “cosas” y de relaciones entre “cosas”. Para los modernos se trata de “personas” y de relaciones entre “personas”. Desde fuera las cosas aparecen claras, delimitadas, radiantes; desde dentro, misteriosas, implicadas, oscuras y a la vez enneguecedoras... El mundo antiguo está hecho de planos, superficies y cuerpos. El mundo moderno es una comunión de espíritus personales.

Oscar Wilde

EL MAESTRO DE SABIDURÍA

Desde su infancia había sido nutrido del perfecto conocimiento de Dios, y hasta cuando no era más que un chicuelo, muchos santos, como también ciertas santas mujeres que habitaban en la ciudad libre donde naciera, habían quedado grandemente maravillados de la grave sabiduría de sus respuestas.

Y cuando sus padres le hubieron dado la túnica y el anillo de la edad viril, los besó y los abandonó para recorrer el mundo, porque quería hablar de Dios al mundo. Pues había, en ese tiempo, en el mundo, mucha gente que no conocía a Dios, o sólo tenían de Él un conocimiento incompleto, o adoraban los falsos dioses que habitan los bosques y no se cuidan de sus adoradores.

Y volvió su rostro hacia el sol y viajó, caminando sin sandalias, como había visto caminar a los santos, llevando colgados de su cintura un zurrón de cuero y una vasija de arcilla cocida para el agua.

Y mientras marchaba a lo largo del camino, sentíase lleno de esa gran alegría que nace del perfecto conocimiento de Dios, y sin cesar cantaba las alabanzas de Dios. Y al cabo de algún tiempo, llegó a un país desconocido, donde se elevaban muchas ciudades.

Y atravesó once ciudades. Y algunas de estas ciudades estaban en los valles, y otras a la orilla de grandes ríos, y otras fundadas sobre colinas. Y en cada ciudad encontró un discípulo que le amó y le siguió; y una gran multitud de gente también le siguió de cada ciudad, y el conocimiento de Dios se extendió por toda la tierra y muchos monarcas fueron convertidos. Y los sacerdotes de los templos habitados por los ídolos, encontraron que la mitad de su ganancia se perdía, y que cuando a mediodía tocaban sus tambores, nadie, o muy pocos, venían con pavorreales y ofrendas de viandas, como fuera la costumbre del país antes de su llegada.

Sin embargo, mientras más crecía la multitud, mientras más el número de sus discípulos crecía, más su aflicción aumentaba. Y no sabía por qué su aflicción era tan grande. Pues hablaba siempre de Dios y según la plenitud del perfecto conocimiento de Dios que Dios mismo le había dado.

Y, una tarde, salió de la undécima ciudad, que era una ciudad de Armenia; y sus discípulos y una gran muchedumbre del pueblo le siguieron, y subió a una montaña y se sentó sobre una roca que había en la montaña. Y sus discípulos estaban en torno suyo, y la muchedumbre arrodillada en el valle. Y él hundió la cabeza entre sus manos y lloró, y dijo a su Alma:

—¿Por qué estoy lleno de aflicción y de miedo, y por qué cada uno de mis discípulos es como un enemigo que avanzase en pleno día?

Y su Alma le respondió y dijo:

—Dios te llenó del cabal conocimiento de Sí mismo, y tú has dado esta ciencia a los demás. Tú has dividido la perla de gran precio, y cortado en jirones la veste sin costura. El que esparce la sabiduría se roba a sí mismo. Es como el que da su tesoro a un ladrón. ¿Acaso Dios no es más sabio que tú? ¿Quién eres tú, para revelar el secreto que Dios te ha confiado? Yo era rica un día, y tú me empobreciste. Yo vi a Dios un día, y ahora me lo has ocultado.

Y de nuevo lloró, porque sabía que su Alma le decía la verdad y que había dado a los demás el perfecto conocimiento de Dios, y que era como un hombre que se agarrara a la túnica de Dios, y que su fe le abandonaba a causa del número de los que creían en él.

Y se dijo a sí mismo:

—No hablaré más de Dios. El que esparce la sabiduría se roba a sí mismo.

Y algunas horas más tarde sus discípulos vinieron a él e inclinándose hasta tierra le dijeron:

—Maestro, háganos de Dios; porque tú tienes el perfecto conocimiento de Dios y ningún hombre más que tú lo posee.

Y él les respondió y dijo:

—Yo os hablaré de todas las otras cosas que hay en el cielo y en la tierra; pero de Dios no os hablaré. Ni ahora ni en tiempo alguno os hablaré más de Dios.

Y ellos se irritaron con él y le dijeron:

—Tú nos has traído al desierto para que podamos escucharte. ¿Quieres despedirnos, hambrientos, a nosotros y a la gran muchedumbre que hiciste que te siguiera.

Y él les respondió y dijo:

—Yo no os hablaré de Dios

Y la muchedumbre murmuró contra él y le dijo:

—Tú nos has traído al desierto y no nos has dado alimento que comer. Háblanos de Dios y esto nos bastará.

Pero él no respondió una palabra. Porque sabía que si les hablaba de Dios perdería su tesoro.

Y los discípulos se fueron tristemente, y la muchedumbre tornó a sus casas. Y muchos murieron en el camino.

Y cuando estuvo solo, se levantó, y volvió su rostro hacia la luna, y viajó durante siete lunas, no hablando a ningún hombre ni contestando ninguna pregunta. Y cuando la séptima luna estuvo en su menguante, llegó a ese desierto que es el desierto del Gran Río. Y encontrando vacía una caverna, que en otro tiempo habitara un Centauro, la tomó por morada, y se trenzó una estera de juncos para acostarse, y se hizo eremita. Y a todas horas el Ermitaño loaba a Dios, que había permitido guardase algún conocimiento de Él y de Su grandeza. Y una tarde, estando sentado el Ermitaño ante la caverna que había elegido por morada, distinguió a un joven de rostro perverso y hermoso que pasaba en sencillo atavío y vacías las manos. Todas las tardes pasaba el joven, vacías las manos, y todas las mañanas volvía, las manos llenas de púrpura y de perlas. Pues era un ladrón y robaba las caravanas de los mercaderes.

Y el Ermitaño le miró y tuvo compasión de él. Pero no le dijo una palabra. Porque sabía que el que dice una palabra pierde su fe.

Y, una mañana, el joven, que volvía con las manos llenas de púrpura y de perlas, se detuvo y frunció el entrecejo y golpeó con el pie en la arena y dijo al Ermitaño:

—¿Por qué me miras siempre así cuando paso? ¿Qué es lo que veo en tus ojos? Pues ningún hombre me ha mirado nunca de ese modo. Y es para mí un aguijón y una inquietud.

Y el Ermitaño le respondió y dijo:

—Lo que ves en mis ojos es la compasión. Es la compasión quien te mira por mis ojos.

Y el joven rió con sarcasmo y gritó al Ermitaño con voz amarga, y le dijo:

—Yo tengo púrpura y perlas en mis manos, y tú no tienes para acostarte más que una estera de juncos. ¿Qué compasión tendrías de mí? ¿Y por qué causa tienes esa compasión.

—Tengo compasión de ti —dijo el Ermitaño— porque tú no tienes ningún conocimiento de Dios.

—¿El conocimiento de Dios es una cosa preciosa? —preguntó el joven, y se acercó a la entrada de la caverna.

—Es más preciosa que toda la púrpura y todas las perlas del mundo —respondió el Ermitaño.

—¿Y la posees tú? —dijo el Ladrón, acercándose todavía más.

—En otro tiempo —respondió el Ermitaño— poseía realmente el conocimiento de Dios. Pero en mi locura lo repartí y dividí entre otros. Sin embargo, aun ahora, semejante recuerdo es para mí más precioso que la púrpura o las perlas.

Y cuando el Ladrón oyó esto, arrojó la púrpura y las perlas que llevaba en sus manos y, desenvainando una corva espada de buido acero, dijo al Ermitaño:

—Dame al instante ese conocimiento de Dios que posees o te mataré sin vacilar. ¿Pues por qué no iba a matar al que posee un tesoro más grande que mi tesoro?

Y el Ermitaño abrió sus brazos y dijo:

—¿No es preferible para mí ir a los patios más alejados de la casa de Dios y alabarle que vivir en el mundo y no conocerle? Mátame, si es tu voluntad. Pero no te entregaré mi conocimiento de Dios.

Y el Ladrón se arrodilló y le suplicó, pero el Ermitaño no quiso hablarle de Dios, ni darle su tesoro, y el Ladrón se levantó y dijo al Ermitaño:

—Sea como quieras. Yo voy a ir a la Ciudad de los Siete Pecados, que sólo está a tres días de marcha, y por mi púrpura me darán placer y por mis perlas me venderán alegría. Y recogió la púrpura y las perlas, y fuese rápidamente.

Y el Ermitaño le llamó a grandes gritos, y le siguió e imploró. Durante tres días siguió al joven por el camino, y le suplicaba que volviera y no entrase en la Ciudad de los Siete Pecados.

Y a cada momento el joven se volvía a mirar al Ermitaño, y le llamaba y decía:

—¿Quieres darme ese conocimiento de Dios, que es más precioso que la púrpura y las perlas? Si quieres dármelo, no entraré en la ciudad.

Y siempre el Ermitaño respondía:

—Yo te daré todo lo que tengo, a excepción de una sola cosa, pues esta cosa no me es permitido darla.

Y al crepúsculo del tercer día llegaron ante las grandes puertas escarlata de la Ciudad de los Siete Pecados. Y de la ciudad llegó hasta ellos el rumor de mil carcajadas.

Y el joven rió en respuesta e hizo ademán de llamar a la puerta. Y, al hacerlo así, el Ermitaño corrió hacia él, y le asió de la túnica, y le dijo:

—Extiende tus manos y pon tus brazos alrededor de mi cuello, aproxima tu oído a mis labios, y te dará lo que me resta del conocimiento de Dios.

Y el joven se detuvo.

Y el Ermitaño, habiéndole entregado su conocimiento de Dios, cayó postrado en tierra, y lloró, y grandes tinieblas le ocultaron la ciudad y al Ladrón, de tal modo que no volvió a verlos.

Y mientras yacía sollozando, advirtió que alguien estaba de pie junto a él; y El que estaba de pie junto a él tenía los pies de bronce y los cabellos como lana fina. Y levantó del suelo al Ermitaño, y le dijo:

—Hasta ahora has tenido el perfecto conocimiento de Dios. Ahora tendrás el perfecto amor de Dios. ¿Por qué lloras?

Max Scheler

Comprensión y explicación

[...] La esencia de la comprensión consiste en que, a través de un centro espiritual del prójimo, dado en la intuición, vivimos y reejecutamos como intencionalmente dirigidos a algo sus actos (dichos, gestos, acciones) respecto a nosotros y el contorno; es decir, “volvemos a juzgar” sus expresiones o los juicios que les corresponden, “volvemos a sentir” sus sentimientos, “volvemos a vivir” los actos de su voluntad, poniendo por debajo de todo ello una unidad de “sentido” cualquiera. Pero este “re-juzgar y re-sentir y re-vivir” no es, naturalmente, un “coincidir en el juicio” en el sentido del “asentir”, ni tampoco un hacer recaer el mismo juicio [...]. Es simplemente un recrear “el sentido” que se encuentra, como siendo el mismo, en una pluralidad cualquiera de actos y en cualquier segmento temporal de su realización; de actos que se dirigen a mismidades cambiantes. En entera independencia de que lo dotado de sentido sea bueno o malo, verdadero o falso –cosa que pertenece a otra esfera muy distinta a la del “sentido”–, en toda comprensión es aquella unidad de sentido en el curso de los actos ajenos el trasfondo intuitivo y continuamente dado de los actos particulares de comprensión; es, incluso, el “trasfondo” de la “incomprensión”. Nuestra postura cambia, de modo característico, sólo cuando a esa intención de comprensión se le presentan obstáculos tales que incluso se revelan como insuperables aun con la aceptación de la incomprensión. Alguien, por ejemplo, cuenta una historia rara, extravagante, que se nos hace “difícil de comprender”. Estamos en la postura de la “comprensión”. Pero entonces alguien nos susurra al oído: “Este hombre está loco”. Nuestra postura cambia inmediatamente. En el lugar del centro espiritual que antes nos era dado y partiendo del cual revivíamos sus actos aparece un sitio vacío, y en lo dado por la intuición no queda ya nada más que su centro vital y corporal, así como su yoidad, no vemos ya en sus manifestaciones vitales el término de intenciones orientadas con sentido, sino que lo que se nos da son movimientos de expresión, tras de los cuales buscamos, como causas, procesos psíquicos. Aparece en lugar del “lazo de sentido”, en esas manifestaciones, el lazo de “causalidad”[...] las intenciones se han convertido en “procesos”; la “conexión de sentido” se ha hecho conexión causal; el centro personal de actos es ya una unidad objetiva orgánica y yoicea; en vez de “comprender”, se “explica”: la persona ha pasado a ser un trozo de Naturaleza.

Max Scheler

Concepto de corresponsabilidad

[...] si visitásemos el hogar de una familia donde la mugre, el desorden reinasen, donde el modo de hablar vulgar de los niños y toda la situación que percibimos delatara una podredumbre moral? En tal situación es irrelevante saber cómo surgió, quien tiene la culpa de ella, si el padre, la madre, el bisabuelo o cualquiera. La experiencia humana más profunda nos enseña que semejantes culpas totales nunca pueden repartirse de modo individual. La observación cuidadosa nos muestra, mediante un examen profundo de las relaciones morales de los miembros de una familia así, la indiscernible reciprocidad de la culpa y aún más, entre más profunda es la inserción en ellas. La idea cristiana del mundo comprende la importante concepción de una culpa conjunta o original [...] No debemos identificarla sólo como los conceptos dogmáticos del pecado y la culpa originales, y no sólo hacer referencia al género humano en su totalidad, sino también a las edades históricas, los círculos de cultura y los pueblos.

Tomás de Aquino

Suma Teológica. Parte II. Cuestión 78

¿Es pecado recibir dinero como interés de un préstamo monetario, lo que constituye la usura?

Recibir interés por un préstamo monetario es injusto en sí mismo, porque implica la venta de lo que no existe, con lo que manifiestamente se produce una desigualdad que es contraria a la justicia. Para su evidencia, debe recordarse que hay ciertos objetos cuyo uso consiste en su propia consumición; así consumimos el vino utilizándolo para la bebida y el trigo al emplearlo para la comida. De ahí que en estos casos no deban computarse separadamente el uso de la cosa y la cosa misma, sino que a todo aquel a quien se concede el uso se le concede también la cosa misma. Por lo que, tratándose de tales objetos, el préstamo transfiere la propiedad de los mismos. Luego si alguien quisiera vender de una parte el vino y de otra el uso del vino, vendería dos veces la misma cosa o vendería lo que no existe; y por esta razón cometería manifiestamente un

pecado de injusticia. Por igual motivo comete una injusticia el que presta vino o trigo y exige dos pagos: uno, la restitución del equivalente de la cosa, y otro, el precio de su uso, de donde el nombre de usura.

Hay, por el contrario, otros objetos cuyo uso no implica su propia consumición; así, la utilización de una casa es habitar en ella, no destruirla, y, por consiguiente, tratándose de esta clase de cosas, se pueden conceder por separado ambos elementos, como cuando se cede a otra persona la propiedad de una casa, reservándose para sí el uso durante un cierto tiempo; o a la inversa, cuando se le concede el uso de la casa, reservándose para sí su dominio. De ahí que se pueda lícitamente recibir un pago por el uso de un inmueble y reclamar después la devolución del edificio prestado, como ocurre en el alquiler y arrendamiento de casas.

Mas el dinero, según el Filósofo, en V Ethic. y en I Polit., se ha inventado principalmente para realizar los cambios; y así, el uso propio y principal del dinero es su consumo o inversión, puesto que se gasta en las transacciones. Por consiguiente, es en sí ilícito percibir un precio por el uso del dinero prestado, que es lo que se denomina la usura. Y del mismo modo que el hombre ha de restituir las demás cosas injustamente adquiridas, también ha de hacerlo con el dinero que recibió en calidad de interés.

Albert Camus

LA REBELIÓN METAFÍSICA

La rebeldía metafísica es el movimiento por el que un ser humano se levanta contra su condición y la creación entera. Es metafísica porque contesta los fines del ser humano y de la creación. El rebelde metafísico protesta contra la condición que le es impuesta en tanto ser humano.

La noción de dios personal, creador y, por tanto, responsable de todas las cosas, es la única que da sentido a la protesta humana [...] la historia de la rebeldía es, en el mundo occidental, inseparable del cristianismo.

Este lenguaje nuevo no puede comprenderse sin la noción de un dios personal. Es al dios personal al que la rebeldía puede pedir personalmente cuentas. Tan pronto como reina él, se levanta ella, en su resolución más feroz y pronuncia el no definitivo. La historia de la rebeldía es mucho más de los hijos de Caín que la de los discípulos de Prometeo. En este sentido, será el Dios del antiguo testamento, sobre todo, el que movilizará la energía rebelde. La rebeldía no se enfrenta más que contra una divinidad cruel y caprichosa, la que prefiere, sin motivo convincente, el sacrificio de Abel al de Caín y que, con ello, provoca el primer crimen.

Fiodor Dostoyevky

REBELDÍA

(Fragmento)

Este fragmento de la novela Los Hermanos Karamasov de Fiodor Dostoyevsky es un diálogo entre Iván y Alíoscha Karamasov. Recogemos aquí los momentos en que habla Iván solamente.

[...] basta de esto. Yo sólo quiero traerte a mi punto de vista. Yo quería hablar de los sufrimientos humanos en general; pero mejor es que nos detengamos en los sufrimientos de los niños solamente [...] en primer lugar, al niño es posible amarlo hasta de cerca, hasta con su cara sucia y fea (a mí me parece, no obstante, que los niños no tienen nunca caras feas). En segundo lugar, de los mayores no hablaré [...] porque, además de que son repulsivos y no merecen amor, tienen una compensación: han comido la manzana, y conocen el bien y el mal [...] Pero los niños no han comido nada y, por lo pronto, son del todo inocentes. ¿Amas a los niños Alíoscha? Ya sé que los amas y comprendes por qué yo ahora sólo de ellos quiero hablar. Si también ellos padecen horriblemente en la Tierra, es, desde luego [...] por culpa de sus padres [...] que comieron la manzana [...] has de tener presente que éste es un juicio de otro mundo, para el corazón humano, aquí en la Tierra, incomprensible. No es posible que sufra el inocente por el otro, y, además, un inocente así [...]

[...] no hace mucho me contó un búlgaro en Moscú [...] que allí, en Bulgaria, turcos y cherqueses se conchaban para cometer fechorías, temerosos de una sublevación general de los eslavos; es decir, que incendian, degüellan, fuerzan a las mujeres y niños, clavan a los prisioneros por las orejas a las tapias, y allí los dejan todo el día [...] suele hablarse de la bestial crueldad del hombre, pero eso es horriblemente injusto y ofensivo para las fieras: la fiera nunca puede ser tan cruel como el hombre, tan artísticamente cruel [...] Esos turcos, entre otras cosas, martirizan con fruición a los niños [...] Pero mira: a mí hubo de interesarme grandemente un cuadrado. Figúrate: un niño de pecho en los brazos de la trémula madre; alrededor, turcos que llegan. Se les ocurre una alegre broma: acarician al nene, se ríen para hacerlo reír, y consiguen que ría. En aquel momento un turco va; le apunta con su pistola a tres centímetros de distancia de

su carita. El chico, alegremente, ríe, extiende las manecitas para tomar la pistola, y de pronto el artista oprime el gatillo [...] Artístico, ¿verdad? [...]

Pienso que si el diablo no existe, y, por tanto, es creación del hombre, éste lo ha creado a su imagen y semejanza [...]

A una niñita pequeña, de unos cinco años, le habían tomado tirria sus padres, respetabilísimas personas, de rango, cultas y finas [...] A esa pobre chica [...] sus ilustrados padres hacían objeto de todos los martirios posibles. La azotaban, le pegaban, le daban de puntapiés, sin saber ellos mismos por qué [...] llegaron al más fino refinamiento: al frío, a la helada, la encerraron en el excusado, y sólo porque no avisaba a tiempo [...] por esa causa, le embadurnan toda la cara con su propia caca y la obligan a comerse esa caca, ¡y esa madre, su madre a ello la obliga! ¡Y aquella madre podía dormir, oyendo por las noches los lamentos de la pobre criatura, encerrada en semejante sitio! ¿Comprendes tú eso de que una criatura así, que todavía no sabe lo que le hacen, se golpee a sí misma, encerrada en un lugar indecente, en la oscuridad y muertecita de frío, con sus puñitos desgarrando el pecho y lloré lágrimas de sangre, inocentes, mansas, implorando a Dios para que acuda en su auxilio [...] comprendes tú ese absurdo, amigo y hermano mío, novicio mío de Dios y humilde; para qué hace falta ese absurdo y para qué se le crea? Sin eso –dicen- no podría vivir el hombre en la Tierra, pues no sabría distinguir entre el bien y el mal. ¿Para qué distinguir entre esos endiablados bien y mal, cuando tanto cuesta? [...] Porque toda la ciencia del mundo no vale lo que las lágrimas de esa pobre niña implorando a Dios [...]

Albert Camus

LAMA SABACTANÍ

El Nuevo Testamento puede considerarse como una tentativa para responder, de antemano, a todos los caínes del mundo, suavizando la figura de Dios, y suscitando un intercesor entre él y el ser humano. Cristo ha venido a resolver dos problemas principales, el mal y la muerte, que son precisamente los problemas de los seres humanos en rebeldía. Su solución ha consistido primero en asumirlos. El dios hombre sufre también con paciencia. Ni el mal ni la muerte le son en absoluto imputables, ya que es desgarrado y muere. La noche del Gólgota no tiene tanta importancia en la historia de los seres humanos sino porque en aquellas tinieblas la divinidad, abandonando ostensiblemente sus privilegios, vivió hasta el final, incluida la desesperación, la angustia de la muerte. Así se explica el *Lama sabctaní* y la duda horrenda del Cristo agonizante. La agonía sería leve si estuviera sostenida por la esperanza eterna. Para que el dios sea un hombre, es preciso que se desespere.

EL ORIGEN DEL MAL

Pero hasta entonces tampoco yo [...] tenía explicada y desenredada la causa del mal. No obstante, fuese la que fuese, veía que debía buscarla de forma que no me viese forzado por ella a creer mutable a Dios inmutable. La buscaba, por tanto, seguro y convencido de que no era cierto lo que aquéllos decían [los maniqueos], a quienes yo rechazaba de todo corazón, porque indagando de dónde procede el mal y los veía repletos de una maldad que les hacía sostener que tu sustancia sufría un mal antes que afirmar que la suya obraba mal [...]

Pero nuevamente me decía: “¿Quién me ha hecho? ¿Es que no ha sido mi Dios, que no es sólo bueno, sino el propio Bien? ¿De dónde, pues, me viene el querer mal y el no querer bien? ¿Para que haya motivo de que pague un merecido castigo...? ¿Quién ha puesto esto en mí y ha sembrado en mí un semillero de amargor, siendo yo por entero obra de mi dulcísimo Dios? Si el incitador es el demonio, ¿de dónde procede ese mismo demonio? Pues si también él, por su voluntad descaminada, de ángel bueno pasó a ser demonio, ¿de dónde en él su malvada voluntad por la que se convirtiese en demonio, cuando un ángel es por entero obra de un creador bueno en grado sumo?

En estas cavilaciones me hundía de nuevo y me ahogaba [...]

Y me fue manifestado que son buenas las cosas que se corrompen, las cuales, tanto si fuesen sumamente buenas como si no lo fuesen, no podrían corromperse, ya que, si fuesen sumamente buenas serían incorruptibles y si, por el contrario, no fuesen en absoluto buenas, no habría en ellas nada que pudiera corromperse. Y es que la corrupción es dañina, y no sería dañina si no hiciese menguar el bien. Por lo tanto, o la corrupción no es nada dañina — cosa que no puede suceder— o — lo que es certeza absoluta— todas las cosas que se corrompen son privadas de un bien. Por otra parte, si van a ser privadas de todo bien, no existirían en absoluto. Si realmente han de existir y no poder corromperse, serán mejores porque permanecerán sin corrupción... ¡Y qué hay más monstruoso que decir que esas cosas se han vuelto mejores tras haber perdido el bien! Por consiguiente, si han de ser privadas de todo bien no existirán en absoluto; por lo tanto, mientras existen, son buenas; por lo tanto, todas las cosas que existen son buenas. Y aquel mal del que preguntaba de dónde procedía no es una sustancia, porque si fuese sustancia sería un bien.

En efecto: o sería una sustancia incorruptible, un gran bien a fin de cuentas, o sería una sustancia corruptible, la cual, si no fuera buena, no podría corromperse.

En suma, vi y me fue manifestado que todos los bienes los has hecho Tú, y que no existe sustancia alguna que Tú no hayas hecho. Y dado que no has hecho iguales todas las cosas, por eso son todas —por ser cada una buena y todas en su conjunto muy buenas porque las hizo nuestro Dios todas— ellas sobremanera buenas.

Y en ti no existe en absoluto lo malo, y no sólo en ti, tampoco en toda tu creación, porque fuera de ti no hay nada que irrumpa y corrompa el orden que le has impuesto [...]

Tú eres soporte de todo con tu mano, la Verdad, y todas las cosas son verdaderas en cuanto que existen, y no hay nada de falsedad sino cuando se piensa que existe lo que no existe [...] E indagué en qué consistía la maldad y no descubrí una sustancia sino la perversión de una voluntad desviada hacia lo más bajo desde la sustancia más alta —desde ti, Dios— y que desecha lo más profundo de su ser y se inflama hacia afuera.

Confesiones

San Agustín de Hipona

FILOSOFÍA DEL LENGUAJE

Objeto de estudio de la filosofía del lenguaje

...las palabras son signos... ¿puede el signo ser signo sin representar algo?... Cuando estamos hablando hacemos signos, de donde viene la palabra *significar*.

¿Pueden los signos representarse por algún otro signo? El nombre es signo de signos y nombre es, a su vez, una palabra. Siendo la palabra signo de nombres; el nombre, signo de un río, por ejemplo, y río signo de una cosa, entonces juzgo que hay signos que significan signos, como nombre, y que algunos se significan mutuamente, como nombre y palabra, pues la palabra es un nombre y nombre es una palabra, y que hay signos que significan cosas.

Finalidad del lenguaje

...se nos ha mandado orar con los recintos cerrados, con cuyo nombre se significa lo interior del corazón... Pues el que habla, muestra exteriormente el signo de su voluntad por la articulación del sonido; y a Dios se le ha de buscar y suplicar en lo íntimo del alma racional, que es lo que se llama “hombre interior”, pues ha preferido que éste fuese su templo... ¿No ha advertido el profeta: “Hablad en nuestro interior, y en vuestros lechos compungíos. Ofreced sacrificios justos, y confiad en el señor”? ¿Dónde crees que se ofrece el sacrificio de justicia, sino en el templo de la mente y en lo interior del corazón? Y donde se ha de sacrificar, allí se ha de orar. Por lo cual no se necesita la locución, esto es, la palabra sonante, cuando oramos...

San Agustín de Hipona. *Del maestro*

San Agustín aplica su teoría del conocimiento a la filosofía del lenguaje. Postula un lenguaje interior, además del exterior. Así como hay un lenguaje oral o escrito, hay un lenguaje mental. El primero consta de palabras exteriores (orales o escritas) y el segundo consta de palabras interiores o conceptos [...] la palabra que tenemos y en la que conceptualizamos una cosa pertenece al lenguaje universal del pensamiento.